

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo  
Testamento bajo la guía del  
Espíritu Santo

# PROEZAS DE LA FE

*por Antoni Mendoza i Miralles*

30

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

correo-e: [ecb.edicions@wanadoo.es](mailto:ecb.edicions@wanadoo.es)

Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

*«...que por la fe ganaron reinos, obraron justicia, alcanzaron promesas. taparon las bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de cuchillo, convalecieron de enfermedades, fueron hechos fuertes en batallas, trastornaron campos de extraños».*

*(Hebreos 11:33-34).*

La fe nos permite hacer proezas, cosas que están más allá de nuestras capacidades naturales. Genera y dinamiza a los hombres y mujeres de Dios en el cumplimiento de su santa y soberana voluntad. Hebreos no habla de hechos dignos de ser registrados en los libros de historia del hombre natural, del hombre sin Dios, aunque algunos incluso son considerados por los hombres dignos de figurar en los libros de historia. Habla de hechos dignos de ser registrados en el recuerdo, en la memoria, del pueblo de Dios, y también en los cielos.

## **Ganar reinos**

“Ganar reinos” es, según Robertson, una expresión que habla de luchar contra alguien y vencerlo, y que el historiador Josefo hizo servir para hablar de las conquistas del rey David. Puede ser que Pablo pensara en David cuando, bajo la inspiración del Espíritu Santo, escribió éstas palabras, o puede que no.

Ganar reinos no parece un hecho espiritual, muchos incrédulos lo han hecho, y los creyentes de la antigüedad no siempre lo consiguieron. Pero, lo que hace especial su uso aquí es que sucedió como consecuencia de la fe. La fe estaba en el fundamento de la acción, la fe hizo evidente la dependencia, sujeción y confianza en Dios.

El caso de David es claro. Él era un pastor, no un soldado. Cuando se enfrentó con el gigante Goliat lo hizo por el dolor que produjeron en su corazón las palabras desafiantes del filisteo, así como por el deseo que tuvo de vindicar el nombre de Dios. En aquella circunstancia no lo hizo como un soldado, lo tuvo que hacer como lo que era, un pastor. Un pastor que llegó a ser un soldado por la fe, y como soldado conquistó reinos, aquellos que Dios puso delante suyo, solamente por la fe: si Dios lo mandaba, sería posible llevar a cabo aquellas grandes proezas.

Como nos indicaba Robertson, fue un acto que requirió perseve-

rancia; había que luchar contra los enemigos de Dios, y no volverse atrás, hasta conseguir la victoria, hasta que la conquista fuese una realidad consumada.

La fe hace a los hombres y las mujeres valientes para Dios. La fe enseña a acabar aquellas cosas que Dios nos manda que hagamos. No es evidencia de una fe verdadera rendirse en medio de la batalla, ni dar marcha atrás ni irse a casa. Cuando un siervo o una sierva del Señor pone su mano en el arado no es para mirar hacia atrás (Lc 9:62).

Nosotros, los cristianos, no somos llamados a conquistar ningún reino terrenal, no hemos recibido una herencia en la tierra, como la recibió Israel, sino en los cielos (1Pe 1:4).

Tampoco somos llamados a conquistar “los territorios de ciertos espíritus”, como enseña el llamado movimiento de la *Guerra Espiritual*; no hemos sido llamados ni preparados para llevar a cabo una guerra ofensiva, sino defensiva, contra el diablo (Ef 6:16), y contra “principados, contra potestades, contra señores del mundo, gobernadores de estas tinieblas, contra milicias espirituales en los aires” (Ef 6:12). Cristo los venció en la Cruz (Col 2:15), y establecerá su victoria de una manera definitiva cuando regrese en gloria y majestad (Ap 19:11-16).

Pero, sí que hemos de entrar a tomar posesión de aquellos que Dios nos ha dado en Cristo (Col 3:1-17), como Israel había de tomar posesión de toda la tierra de la Promesa, por la fe en Dios y en su Palabra.

## **Obraron justicia**

La palabra “obrar” habla de trabajar. La escritura nos enseña que hemos de trabajar para atender nuestras necesidades materiales (1Te 4:11-12; 2Te 3:7-12); pero también que hemos de trabajar en las cosas espirituales, una dedicación a la que los cristianos actuales dedicamos frecuentemente pocas fuerzas y tiempo.

Dicha expresión incluye dos significados. El primero habla de una manera esforzada de actuar, caracterizada por una actuación conforme a la voluntad, la ley, de Dios. Las obras de fe tienen concreciones prácticas, se evidencian en una vida de dedicación espiritual esforzada, de trabajo; pero es un trabajo que tiene la calidad de aquello que es recto, justo. El segundo, refiere a la tarea de un juez, él actúa para que la norma, en éste caso la divina, sea establecida.

Por la fe, aquellos que nos precedieron, actuaron esforzadamente, confiando en los recursos divinos, para vivir conforme a la voluntad expresada de Dios, dejando de lado su propia manera de hacer, de actuar e incluso expresarse (Is 58:1). Y también trabajaron por el establecimiento de la norma de justicia y rectitud de Dios, para que fuese una realidad entre sus contemporáneos.

Nosotros hemos de seguir la misma pauta de acción, actuando de una manera recta, justa, estableciendo la justicia de Dios en medio de este mundo.

## **Alcanzaron promesas**

En el Antiguo Testamento encontramos dos tipos de promesas, una incondicionales y otras condicionales. La permanencia de Israel como nación es una promesa incondicional, y así vemos a Dios actuando en el cumplimiento de su santa voluntad expresada reiteradamente en su Palabra (Is 65:8-10). Pero encontramos muchas promesas que son dadas bajo condición: “Si...” (Dt 27 y 28), de manera que si no se cumple la condición es imposible disfrutar de su cumplimiento.

El pueblo de Israel precipitadamente hacía promesa de fidelidad a Dios (Jos 24:16-18, 24), que a continuación incumplía. Muchas de las afirmaciones que hacían se fundamentaban en su autosuficiencia, y eso los llevaba a fracasar, puesto que se olvidaban que su condición natural era depravada y caída. El

establecimiento, de parte de Dios, de promesas condicionales, tenía como propósito, entre otros, que su pueblo aprendiese a vivir dependiendo espiritualmente de Dios, y a contar y confiar en los recursos divinos, en lugar de hacerlo en las capacidades humanas.

El Señor nos recuerda que en la antigüedad algunos tomaron las promesas divinas como promesas personales; y que desconfiando de ellos mismos, confiaron únicamente en la provisión divina para llegar a disfrutarlas. Creyeron en las promesas de Dios por la fe, y vivieron por la fe para ver como estas se convertían en una realidad. Ya hemos considerado algunos ejemplos en las páginas anteriores, y recordando los nombres del versículo 32, con los profetas incluidos, podemos ver esta manera de actuar en la vida de todos aquellos hombres de Dios.

Por la fe..., nos dice nuestro texto, alcanzaron promesas que de otra manera no les hubiera sido posible.

## **Taparon las bocas de leones**

Cuando pensamos en bocas de leones cerradas, recordamos a Dios, y los hechos que sucedieron en el reinado de Dario (Dn 6).

Una de las características distintivas de la vida de Daniel, reconocida expresamente por el rey Dario e indirectamente por los poderosos de su reino, a juzgar por la forma de actuar, fue su fidelidad al Dios verdadero, hasta el punto de hacerlo todo como un siervo de Jehová. Podríamos afirmar, sin equivocarnos, que Daniel fue un hombre profundamente espiritual, y que vivió su fe, y conforme a ella, en todo momento y en todas las circunstancias de su vida (Dn 6:4, 10 y 16). En esas circunstancias su fe fue probada en unas condiciones límite. Había sido fiel a Dios en las tareas de gobierno y en su vida personal, y mantuvo esa fidelidad cuando las se lo hicieron difícil. Él no actuó de una manera desafiante, sencillamente hizo lo que siempre había hecho, puesto

que otra manera de actuar equivalía a una negación pública de que servía a Dios sobre todas las cosas. Como consecuencia de esta manera de actuar, fue a parar al foso de los leones.

El relato bíblico nos dice que Dios envió a su ángel para cerrar la boca de los leones. No fue Daniel el que luchó, usando sus fuerzas, con los leones y los mató. Los leones estaban vivos, pero sus bocas estaban cerradas, de manera que no le hicieron ningún daño a Daniel. Había puesto su fe en Dios, y Dios no le defraudó.

Llama la atención que no fuera algo puntual, de un momento, puesto que Daniel tuvo que estar en el foso de los leones toda la noche, y los leones estuvieron con él vivos todo el tiempo. Su fe no se debilitó a medida que pasaban las horas y la noche se hacía más oscura. Los poderosos esperaban ver morir a Daniel comido por los leones, no creían que su fe en Jehová pudiera librarlo de aquel trágico final. Antes de morir, esperaban ver como se venía abajo aquella “integridad espiritual” que tanto les ofendía. Era necesario que Daniel nuevamente les testificara de su fe en Dios, una fe que Dios fortalecía cada día para su gloria.

El rey esperaba ver como Jehová, el Dios de Daniel al que siempre él servía, manifestaba su poder. No dudaba que la fe de Daniel en Dios se mantenía, y que esta recibiría la recompensa de la preservación de la vida. El rey Darío necesitaba que Daniel le testificara de su fe permanente, puesto que el testimonio de fe de Daniel estaba trabajando en su corazón, y aquel hecho lo llevaría a confesar públicamente su reconocimiento de la grandeza de Dios, confesión que fue leída en todos los pueblos y naciones que formaban parte de su imperio.

La acción divina no consistió en matar a los leones, fue más poderosa; los mantuvo con la boca cerrada toda la noche, hasta la mañana. La fe en Dios nos ha de ayudar a confirmar que Dios nos protegerá en medio del peligro para la gloria de su nombre. La acción libertadora de Dios se muestra, a veces, manteniéndolo-

nos firmes delante del peligro, y no acabando con el peligro ni sacándonos de él, para mostrar su potencia protegiéndonos.

¿Seremos capaces de mantener nuestra fe toda la noche, en presencia de nuestros enemigos, para testimonio de aquellos que quieren acabar con nosotros, y de aquellos que esperan ver como nuestra fe se mantiene? Por la fe en Dios y su Palabra eso puede ser posible, el Ángel de jehová está a nuestro lado para hacerlo realidad.

## **Apagaron fuegos impetuosos**

La expresión “apagaron fuegos impetuosos” nos lleva a recordar lo que les sucedió en Babilonia a los tres amigos de Daniel, a Sadrac, Mesac y Abed-nego, o sea, a Ananías, Misael y Azarías (Dn 3). Aquellos jóvenes fueron lanzados vivos dentro de un horno, por el único delito de mantener su fidelidad a Dios sobre cualquier fidelidad humana.

La actitud de aquellos tres jóvenes no fue de rebelión contra la autoridad, aunque fuera la de un rey pagano; no estaban contra nada ni contra nadie, únicamente estaban a favor de Dios. Ciertamente, más ocasiones de las que desearíamos, estar a favor de Dios nos llevan a un enfrentamiento con aquellos que nos piden que dejemos a Dios en un segundo lugar. Necesitamos, como cristianos, tener una fe valiente, como la de aquellos tres jóvenes judíos: la valentía de mantener nuestra obediencia a Dios por encima de cualquier otra cosa, y en toda circunstancia.

Ananías, Misael y Azarías creían que Dios los podía librar de aquella muerte terrible que les estaba reservada, con todo, estaban dispuestos a aceptar que no fuera así, y tenían que enfrentar finalmente con la muerte, eso no cambiaría su fidelidad a Dios. Iban a dar testimonio del poder de Dios, tanto si se manifestaba para bien de sus cuerpos o no.

La manera de actuar de Dios es parecida a como lo hizo con

Daniel, aunque cronológicamente el incidente de los tres jóvenes fue anterior. Dios no permitió que Daniel muriese en el foso de los leones, enviando su Ángel para cerrar la boca de aquellos feroces animales. Aquí Dios también envía su Ángel para preservar la vida de sus fieles, pero el fuego no fue apagado. La explicación de lo que sucedió la encontramos en Hebreos: la fe de aquellos jóvenes en Dios hizo que el Ángel de Jehová extinguiera el poder del fuego. El fuego estaba, y actuó con todo su poder destructor sobre los que lanzaron a los jóvenes dentro del horno, pero Dios obró extinguiendo ese mismo poder sobre sus fieles por su fe. Ellos, en un acto de fe, entregaron sus cuerpos antes que cambiar de Señor, y así lo reconoció el mismo Nabucodonosor (Dn 3:28). ¿Estaríamos tu y yo dispuestos a hacer lo mismo?

Como en el caso de Daniel, Dios se vindicó por la fe de los fieles Ananías, Misael y Azarías, incluso a través de los incrédulos. Que sea así a través nuestro.

## **Evitar filo de cuchillo**

Cuando leemos “evitaron filo de cuchillo”, la memoria me lleva directamente al profeta Elías. Él escribió sobre la persecución que los profetas de Dios sufrieron en su época; cuando el pueblo de Israel se apartó de su Dios, dejó su pacto, derribó sus altares y mató a sus profetas. Todo esto llevó a Elías a creer que era el único profeta de Dios que quedaba vivo, que había evitado filo de cuchillo, y así se lo dijo al Señor (1Re 19:9-21).

Tenía miedo, que le vino de repente después de la gran victoria espiritual que tuvo en la montaña de Carmelo (1Re 18). Allí, en el Carmelo, se reunieron, por un lado, cuatrocientos profetas de Baal, el rey Acab y Jezabel, con el pueblo; y por otro, Elías, que se presentó como el único profeta del Dios verdadero. Entonces confió en Dios, y Dios lo honró con una gran victoria sobre los

falsos y con su protección. Se enfrentó con los que habían matado a los otros profetas de Jehová y, por la fe, evitó filo de cuchillo.

Considerándolo, nos damos cuenta que acostumbramos a enfatizar más en la calidad del hombre de Dios que en la misma acción de Dios en el hombre. Elías era un hombre, y como tal vivió momentos de gran desánimo, como podemos leer en el capítulo diecinueve del primer libro de los Reyes. Si en Carmelo actuó como lo hizo no fue por su valentía sino por su fe en Dios. La valentía del hombre en ocasiones lo lleva a acciones desesperadas, pero no le puede preservar la vida. Elías no hizo en Carmelo una acción desesperada antes de morir, sino que actuó por la fe: creyendo y confiando totalmente en el Señor y su Palabra.

Puede ser que ésta afirmación se escribió en el libro de los Hebreos pensando en él, junto con otros fieles de la antigua dispensación que experimentaron situaciones parecidas por su fe. Pero lo que sí sabemos es que la razón por la que no murió en el Carmelo, que siguiera vivo como profeta de Jehová en un tiempo en que eran asesinados a filo de cuchillo, evidencia las proezas que los hombres y mujeres de Dios podemos hacer por la fe. La fe puede ser, si es la voluntad divina, el medio a través del cual Dios nos permite escapar de una muerte violenta, para su gloria y para nuestra honra como siervos de Dios.

## **Fueron hechos fuertes en batallas**

Los ejemplos que podemos encontrar en el Antiguo Testamento son muchos. Uno de los más conocidos seguramente es el de David, pero, dado que le hemos dedicado un capítulo y se ha escrito mucho sobre él, no volveremos a hablar de él. Consideraremos dos ejemplos no tan conocidos, para animarnos a profundizar en las Escrituras, e ir un poco más allá de lo que conocemos. Los ejemplos en que estamos pensando son el de Jonatán, hijo de Saúl, y el de Asa, el hijo del rey Abdías.

Jonatán, por lo que leemos en el capítulo catorce del Primer libro de Samuel, actuó por la fe cuando entró con su escudero en el campamento de los filisteos. Así lo confesó a su escudero, cuando le dijo que Dios puede salvar tanto con muchos como con pocos, y que podía ser su voluntad que ellos fueran los instrumentos para vencer a los filisteos. Jonatán conocía bien a Dios, y confió en que, si era la voluntad divina, él y su escudero podrían vencer a los filisteos. Buscó la voluntad de Dios y, cuando confirmó que Dios los había entregado en sus manos, avanzó, aumentando en fuerza a medida que acababa con cada enemigo. Fue una lucha por la fe, en la que el joven Jonatán tomaba cada vez más fuerza en Dios, hasta que el Señor completó la victoria.

El otro fue Asa, un rey que agradó a Dios, y en el que encontramos un ejemplo de como por la fe se puede ser hecho fuerte en batallas (2Cr 14:8-14). Durante su reinado tuvo que luchar con un ejército el doble de grande que el de Judá, y con mejor armamento. Reconoció su condición de flaqueza delante de aquel poderoso enemigo que estaba delante suyo, pero dio testimonio de su fe en Dios: “yo no puedo vencer, pero Dios nos puede dar la victoria”. Y en medio de la lucha se hizo fuerte.

Considerando estos ejemplos, los cristianos hemos de recordar que no hemos de evitar la lucha contra el mundo, el diablo y la carne, para vivir como tales. Es cierto que es preciso que reconocamos nuestra flaqueza, pero eso no nos debe dejar sin hacer nada. Confiando en el Señor hemos de entrar en la batalla descansando en la fortaleza divina, y así, en medio de la lucha, nuestro poderoso Señor nos irá haciendo fuertes. La Palabra de Dios, en Hebreos, nos dice que por la fe el Señor nos quiere hacer fuertes en la lucha, y eso significa que no lo haría ni antes ni después. Si no entramos en la lucha nunca seremos hechos fuertes.

## **Trastornaron campos de extraños**

Entre los numerosos ejemplos del Antiguo Testamento, recordamos los que hemos considerado en los capítulos anteriores, como son el caso de Gedeón, que hizo huir con trescientos hombres a los madianitas (Jue 7:16-25); de Sansón, que con la mandíbula de un asno mató mil hombres e hizo huir a los filisteos (Jue 15:14-17); y de David, cuando mató a Goliat e hizo que los filisteos huyeran (1Sa 17:48-54), y cuando extendió su reino una vez ocupó el trono de Israel (2Sa 8:1-6).

No seguiremos con más ejemplos, son suficientes como evidencias de las proezas que los santos de la antigüedad hicieron por la fe en Dios y su Palabra. Son suficientes como ejemplos a imitar por nosotros, los creyentes de la dispensación de la gracia. Dios nos recuerda que, por la fe, podemos hacer proezas que lo glorificarán en medio de los hombres. Miremos al Señor, y entremos en estas santas experiencias espirituales, teniendo como ejemplos a los santos de la antigüedad.

*Edicions Cristianes Bíbliques*